

Tributaria posparo

HUMBERTO DE LA CALLE



EL CAMINO DEL GOBIERNO ERA EL tradicional: presento una reforma tributaria ambiciosa y en el Congreso, paso a paso, lobby a lobby, voy cuadrando cuentas en un ejercicio de implantes y trasquiladas.

Dos hechos se atravesaron: Uribe sacó el cuerpo. Dijo que la iniciativa le hacía daño al partido, algo que repitieron sus tenientes. ¿Al partido? ¿Y la simple gente no existe? ¿El partido por encima de los pagaminis? ¿Ojo al 2022 es más importante que las tribulaciones de millones de personas? Imagino cierta desazón del presidente Duque, víctima ahora del efecto kleenex.

El otro escollo es el paro del pasado miércoles. Pese a la tarea despreciable de los vándalos, hablaron la calle y las cacerolas. Y muy duro.

La lectura del Gobierno ha quedado rezagada. No es cosa de convencer a Vargas Lleras y Gaviria, o de seducir a algunos de sus seguidores.

Es mejor que el Gobierno la retire y comience de nuevo pero con una estructura totalmente diferente.

Un elemento inescapable es que la casi totalidad de la academia económica ha clamado por mayor inversión social. Hasta los antiguos alumnos de Chicago. Y esto cuesta. En economía no hay almuerzo gratis.

Pero la cuestión de fondo es esta: ¿quién paga la cuenta?

La estructura de la reforma, ya casi hundida, acudía de manera voluminosa al IVA y a la extensión del impuesto de renta a nuevos sectores de clase media. En medio de una crisis de demanda, apretar donde no es termina postrando más la economía anémica. Lo conducente es moderar el recaudo pretendido, ubicarlo alrededor de los \$15 billones de manera temporal y establecer un puente para que, cuando al menos saquemos la nariz del pantano, reemprendamos la discusión. Y ese día habrá que empezar la tarea desde la raíz.

Los impuestos indirectos como el IVA son ya una realidad mundial. En filosofía política, esa realidad constituye un fracaso de la ideología liberal basada en la supremacía de los impuestos directos como el de renta, únicos que permiten una verdadera y equitativa progresividad. La eficacia en el recaudo mancilló la ideología.

Pero aun reconociendo que es imposible desechar completamente el IVA, sí es viable ampliar la incidencia de los impuestos directos con tarifas progresivas especialmente para los superricos.

Caballero Argáez recordó que en la Constitución de 1821 se implantó el impuesto directo, cuya duración fue fugaz.

En 1850 Camacho Roldán abogaba por un impuesto directo, progresivo y único. Pero al mismo tiempo surgieron las dificultades. Por ejemplo, en 1867 Cundinamarca esperaba \$100.000 de recaudo de impuesto directo y solo llegó a \$24.235. Ya se había instalado la manía de evadir y el impuesto era mirado con desconfianza. El estado de Santander tuvo que abandonar la ilusión del impuesto directo. A pesar de que recogía \$35.000, tuvo que volcarse al degüello y los licores.

Volveré después sobre el tema. Pero para remediar la emergencia no se puede terminar de acribillar a la clase media. Hay que mirar las ideas de la ANDI y Fedesarrollo. Los subsidios son necesarios, pero la verdadera equidad viene de la educación y la productividad. Igualar la cancha. El próximo gobierno debe afrontar, de verdad, el tema tributario para lograr, por fin, algo estructural y progresivo.

Olla a presión

NOTAS DE BUHARDILLA RAMIRO BEJARANO GUZMAN



A PESAR DE LA ESTRATEGIA DEL GOBIERNO y de sus medios y comunicadores para desfigurar las marchas que no cesan, presentándolas como si hubieran sido únicamente una concentración de vándalos y terroristas, no pudieron desconocer que se trató de una protesta robusta. Además de las manifestaciones en Bogotá y en las capitales de departamento, en más de 600 municipios las gentes expresaron en paz su inconformidad. Esta columna la escribo antes del 1º de mayo, fecha en la que es de esperar que los

trabajadores se hagan sentir, a ver cómo y qué “informan” las sesgadas primeras páginas de ciertos rotativos o los titulares de un decadente noticiero de televisión amarillista al servicio de los boletines oficiales.

En el Gobierno se creen las noticias falsas que ellos mismos difunden desde la “Casa de Nari”, porque después de lo del miércoles anuncian que seguirán buscando consensos con los partidos, que por fin se pellizcaron, en vez de oír a millones de voces que en todos los tonos exigen retirar la reforma tributaria. No se han dado cuenta Duque, Carrasquilla, el prepotente ministro del Interior, la locuaz vicepresidenta, ni tampoco los obsecuentes fiscal Barbosa, procuradora Cabello y contralor Córdoba que lo que estamos viendo en las calles es hambre, pobreza, desigualdad y

desespero, como con acierto lo sentenció el senador Iván Marulanda.

Lo que pasó en Cali es una revuelta anunciada y quedó demostrada con el arrojo de la comunidad indígena misak al derribar, en las narices del momierio, la estatua del conquistador Belalcázar, el asesino esclavista al que allá decidieron rendirle honores perpetuos sin merecerlo.

Todo es preocupante y peligroso, en especial el mutismo oficial ante la medida cautelar decretada por una magistrada del Tribunal Administrativo de Cundinamarca que tuvo la audacia de prohibir las marchas. Salvo el gobernador del Magdalena, no hubo un ministro, ni un solo funcionario en Bogotá o en el resto del país que defendiera el derecho ciudadano de marchar sin tener que pedir permiso a ninguna autoridad. ¿Qué desilu-

Rasgos y Rasguños

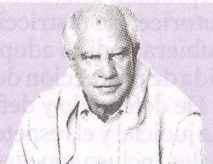
Por Osuna



Ante el repunte de la extrema izquierda

Duque en el país de los dodos

MAURICIO BOTERO CAICEDO



EN LA INMORTAL OBRA DE LEWIS CARROLL, *Alicia en el País de las Maravillas*, se desarrolla el siguiente diálogo:

—Lo que yo iba a decir —siguió el Dodo en tono ofendido— es que el mejor modo para secarnos sería una carrera improvisada.

—¿Qué es una carrera improvisada? —preguntó Alicia...

—Bueno, la mejor manera de explicarlo es hacerlo —dijo el Dodo. Y por si alguno de vosotros quiere hacer también una carrera improvisada cualquier día de invierno, voy a contaros cómo la organizó el Dodo. Primero trazó una pista para la carrera, más o menos en círculo («la forma exacta no tiene importancia», dijo) y después todo el grupo se fue colocando aquí y allá a lo largo de la pista. No hubo el «A la una, a las dos, a las tres, ya», sino que todos empezaron a correr cuando quisieron y cada uno paró cuando quiso, de modo que no era fácil saber cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, cuando llevaban corriendo más o menos media hora y volvían a estar ya se-

cos, el Dodo gritó súbitamente:

—¡La carrera ha terminado! Y todos se agruparon jadeantes a su alrededor, preguntando:

—¿Pero quién ha ganado?

El Dodo no podía contestar a esta pregunta sin entregarse antes a largas cavilaciones y estuvo largo rato reflexionando con un dedo apoyado en la frente (la postura en que aparecen casi siempre retratados los pensadores), mientras los demás esperaban en silencio. Por fin el Dodo dijo:

—Todos hemos ganado y todos tenemos que recibir un premio”.

En Colombia, los dodos — que son una gran parte de la población — tienen la idea de que el Estado puede seguir otorgando todo tipo de prebendas, subsidios y ayudas (amén de mantener una gigantesca burocracia), sin tener que acudir a un fuerte aumento de recaudo, vender parte importante de las empresas del Estado o disminuir radicalmente los gastos. Sea o no sea del agrado de Petro, Cepeda, Bolívar y de los manifestantes, todo lo que el Estado gana lo hemos y tenemos que seguir aportando los contribuyentes. La reforma tributaria, como lo dice el presidente de Anif, Mauricio Santamaría, “no es una alternativa, es una obligación. Si no, entraremos a una crisis grave, justo cuando estamos saliendo de la del coronavirus”. El economis-

ta Mauricio Reina explica: “Sin reforma, la economía se iría por el despeñadero de un aumento sostenido de la deuda pública, una pérdida del grado de inversión, una salida de capitales, un aumento de la tasa de cambio, un incremento de las tasas de interés y una profundización de la recesión económica y el desempleo... Una reforma tributaria como esa traería más ingresos para el 50 % más pobre de los colombianos, recursos que vendrían principalmente del 20 % de la población que más ingreso recibe”.

Por supuesto, la reforma presentada al Congreso es sujeta a mejoras. El presidente Duque así lo reconoció cuando afirmó que todos juntos construyamos una reforma que proteja a los más vulnerables y establezca las finanzas de la nación. Las alternativas no pueden ser, como señala el columnista Juan Lozano, expedientes facilistas como “gravar con mayor severidad a quienes trabajan duro, hacen empresa y construyen país, castigar el éxito laboral o empresarial, y maltratar a pensionados y empleados”. La alternativa a la reforma es vender con urgencia activos del Estado como Ecopetrol, disminuir los gastos drásticamente o una combinación de las dos. Lo que los colombianos no podemos pretender es seguir en el papel de los dodos: “Todos hemos ganado y todos tenemos que recibir un premio”.